

LUCILA LUCIANI DE PÉREZ DÍAZ

Tema: "Conceptos sobre el feminismo
5 de junio de 1940

La intensa emoción hace enmudecer. Yo debiera callar en este instante. Pero tengo que hablar, por deber, por gratitud, para desahogo de esta misma emoción que me embarga.

Entre las ilusiones de mi vida, os lo confieso ingenuamente, nunca acaricié la de ocupar un asiento en esta docta asamblea, en medio de tan preclaros varones, como son los que me rodean. Nunca volaron tan alto mis aspiraciones, porque ni me juzgaba digna de estos honores, ni creía que ellos estuvieran jamás al alcance de mis manos de mujer. Y hoy, al aceptar una distinción tan desproporcionada a mis escasos méritos, considero más vuestra exquisita galantería que la pobreza de mis aptitudes, y más que la inmerecida honra personal, la significación social y hasta pudiéramos decir nacional, de un acto como éste. Porque al abrir tan generosamente las puertas de esta Academia a la mujer venezolana, habéis proclamado altamente que nuestra amada Patria, hoy como ayer, es siempre la abanderada de las grandes causas, la que marcha a la vanguardia, cuando se trata de nobles conquistas, así sean los sagrados derechos de los pueblos, por los cuales antaño combatió y venció, como los tan discutidos derechos de nuestro sexo femenino, que tan parsimoniosamente se han ido imponiendo aún en los países más adelantados.

Como lo decía Marcel Prévost en reciente conferencia, hablando de los progresos del Feminismo militante, "gerencia de Bancos, dirección de grandes empresas comerciales, aviación y ministerios, las mujeres todo lo invaden menos dos baluartes que hasta ahora han permanecido inexpugnables: la Academia y el Pontificado. Empero el amable "profeta de la mujer" pronosticaba como muy próximo el asalto de la primera de estas fortalezas, la cual, según su opinión, tendría que defender a capa y espada su masculinidad... Ya veis que, por lo que particularmente a nosotras atañe, no ha resultado mal profeta el célebre escritor francés.

¡Pues bien! Eso decía hace apenas unos meses el académico Prévost en su patria, "le beau pays de France", tan propicio a todo gesto de galantería y de espiritualidad, la cual a pesar de ello y de su formidable Revolución, destructora de preocupaciones, conserva incólumes ciertas seculares tradiciones...

Nuestra patria, tan espléndida con sus hijos, se mostraba dispuesta a otorgar, y nuestros compatriotas, los ilustres Académicos de la Historia, tan ajenos a ese egoísmo inveterado, característico del sexo fuerte, en otros climas y en otras razas, interpretaron benévolos el sentimiento general y se decidieron, vencidos los últimos escrúpulos, a abrir el severo templo de Clío a quien venía tímidamente, en nombre de la mujer, a tocar a sus puertas... Porque, como ya lo dijo uno de los amables comentaristas de este hecho, el triunfo no es mío, no es personal, es el triunfo de la mujer venezolana, de la cultura venezolana, de la patria venezolana; y es de esos triunfos que no tienen fronteras en la amplitud de su significación...

Estas son palabras graves que debemos considerar con la complacencia y el interés imaginables, porque ellas entrañan un deber, un santo deber de correspondencia al altísimo honor que en mi persona insignificante se ha hecho a la mujer venezolana: el de demostrar, por un empeño siempre más esforzado de adelantamiento, que no somos indignas de la confianza que se nos ha brindado...

Considerada de este modo mi elección, y ¿de qué otra manera pudiera serlo? disminuye un poco la tremenda confusión que padezco, y puedo, con mayor sencillez, expresaros mi agradecimiento, que es doble, ya que no sólo tengo que daros las gracias por haberme admitido a compartir vuestros estudios e investigaciones, sino también, por haber juzgado a la mujer venezolana, apta para las más elevadas lucubraciones.

El tema de mi disertación casi me lo imponen las circunstancias de su actualidad y trascendencia. Estamos en un período solemne de la vida de esta patria nuestra: el de su reconstrucción política y moral. Y todos los venezolanos hemos sido llamados a prestar nuestra colaboración en esta portentosa obra reconstructiva. Nosotras, las venezolanas, estamos obligadas a participar de una manera especial, en la formación y orientación del pueblo nuevo, que como el fénix de la leyenda, ha de surgir de las cenizas del antiguo, un pueblo a la altura de la civilización contemporánea y digno también de sus gloriosas tradiciones... Pero nuestra participación femenina debe ser, antes que todo, discreta, sensata y práctica, casi silenciosa, sin vocinglerías ni efervescencias, sin vanos alardes, ni pretensiones equívocas, sin pedantería y sin escándalo... en una palabra, con la única ambición de completar la obra del hombre, nuestro compatriota, armoniosa, delicada, inteligentemente... esa colaboración es la que yo anhelo para la mujer venezolana...

En el terreno del Feminismo, como en casi todas las cuestiones de actualidad, predomina una inevitable confusión, arbitraria o involuntaria, que es preciso despejar. Por ello, y en obsequio, tanto de mis bondadosos colegas, los miembros de esta Academia, como de mis entusiastas congéneres, las mujeres venezolanas, he procurado hacer algunos comentarios acerca del viejo tema del Feminismo, que hoy tiende a plantearse definitiva y prácticamente entre nosotros. Pero antes de entrar en materia, permitid que consagre un breve recuerdo emocionado al ilustre desaparecido, cuya muerte prematura dejó vacante este sillón que me invitáis a ocupar... No soy yo, profana en la ciencia de su profesión, capaz de hacer resaltar sus méritos insignes en lo mucho que valen: si para ello bastara la simpatía y el cariño naturales en quien es viuda, hermana y sobrina de médicos, y madre de un futuro galeno, quizá pudiera hablarlos elocuentemente... Por fortuna, pocos serán los venezolanos que no conocieron, siquiera de nombre, y no apreciaron al doctor Plácido Daniel Rodríguez Rivero, al hijo de San Felipe, que vino a cursar estudios en la Capital, en cuya Universidad recibió el grado de Doctor en Ciencias Médicas, y más tarde obtuvo igualmente en París el título de Médico colonial.

Después de su regreso a Venezuela, desempeñó con acierto varios importantes cargos, entre otros, los de Rector del Colegio Federal de S. Felipe, Gobernador y Médico de Sanidad en Pto. Cabello, Director de Sanidad Nacional y Rector de la Universidad Central.

Dos aspectos distintos e igualmente interesantes asume la personalidad del doctor Rodríguez Rivero: el del facultativo y el del historiador. Como médico, se distinguió especialmente en el ejercicio de la Cirugía, cuya historia en Venezuela escribió, y en la que sobresalió, contribuyendo eficazmente al desarrollo y adelanto de esa especialidad, práctica y teóricamente, con la ejecución de unas 1.500 operaciones y con la publicación de sus "Notas Clínicas de Cirugía" y otras valiosas monografías sobre el mismo asunto. Muchas y muy preciosas investigaciones hizo en el campo de la Ciencia Médica, que bastarían a inmortalizar su nombre, como el "Memorándum de nombres propios anatómicos", la "Elefanciásis arábica en Venezuela" y las "Epidemias y Sanidad en Venezuela". Dejemos, empero, a plumas autorizadas la tarea de esbozar el perfil científico de este notable médico, que fue honra y prez de la profesión en su patria, y limitémonos a echar una rápida ojeada sobre la parte histórica de su voluminosa obra científica.

La *Historia Médica de Venezuela* escudriña los orígenes de la Medicina en nuestra patria, desde los lejanos días de la prehistoria, cuando los "piaches" indígenas acumulaban las diversas funciones de sacerdotes, curanderos y brujos, y de la primitiva colonia, cuando un "venerable" Diego Montes, hacía crueles experimentos en un infeliz esclavo, abierto como conejo de laboratorio, para precisar el diagnóstico de una herida inferida al conquistador Utre.

La *Historia Médica* apunta las fechas culminantes en la cultura patria, la primera en el siglo XVIII, cuando el Colegio Seminario de Caracas se transformó en Universidad Real y Pontificia (1725), aunque sin las Cátedras de matemáticas y de medicina; y la creación en 1777, del Proto-Medicato, establecido a petición del doctor Lorenzo Campins, Catedrático de la Real y Pontificia Universidad y

profesor de Medicina, para restringir de alguna manera la superabundancia de curiosos y curanderos, pero sin buscar su extinción total, como que, el prohibir el ejercicio de la Medicina a los que no se sometieran a examen para obtener títulos formales, se toleraba la subsistencia de los más hábiles y de mejor conducta; y así mismo la sustitución del Proto-Medicato en 1827, por la Facultad Médica, creada por el Libertador.

Entre los incidentes dignos de mención, narra el incendio provocado o fortuito, del archivo del Proto-Medicato, a la entrada de Boves, "que destruyó la obra de 37 años de labor incesante"; y la célebre expedición de Balmis, en 1804, con el encargo de propagar la vacuna antivariolosa en la Colonia.

Un dato curioso, es la limitación hecha por el Claustro Universitario —para evitar derroches superfluos a la escueta bolsa de los estudiantes—, de los obsequios que debieran servirse en los grados de los doctores, reduciéndolos a "biscochuelos, huecas, rosquetas, una sola especie de dulces secos, vino generoso y dos aguas, de limón, horchata, o dos aguas semejantes..." paternal solicitud de aquella Constitución Universitaria que remataba con la graciosa recomendación así formulada: "Y por costumbre antigua observada hasta hoy al Cancelario y al Rector que nunca asisten al refresco, les enviará el graduado una fuente de dulce". ¡Bendita sencillez de aquellos tiempos patriarcales!

El gremio médico participó en las vicisitudes políticas que sufrió nuestra patria: el 19 de abril, hubo entre los conspiradores de la plaza pública, que secundaban el movimiento revolucionario, un médico, el doctor Villareal, que contestó el ¡NO! decisivo, "popular" a la pregunta de Empanan... La era feroz de la "Guerra a muerte" está gráficamente representada por la compleja y siniestra figura de José Domingo Díaz, doctor caraqueño, Inspector de hospitales y médico de tan humanitarios sentimientos en el desempeño de su profesión, que "temblaba" de volver a aquellos institutos abandonados, por el terror de no encontrar en ellos la delicada asistencia que requerían los enfermos. Este mismo caritativo médico es el libelista furibundo, tan sin escrúpulos y sin entrañas con sus adversarios, que los persigue con su odio hasta la muerte, como lo hizo con su compañero y colega Vicente Salías, y se jacta de haber contribuido con sus infames invenciones a llevar al cadalso a otro patriota eximio.

El doctor Rodríguez Rivero ha hecho en su mencionada Historia una prolija y paciente labor de búsqueda en los polvorientos archivos, para desenterrar muchos nombres que sin su trabajo hubieran quedado sepultados en la noche del olvido o fueran pasto de los voraces insectos. Allí en la larga lista de los benefactores de la humanidad, de los que ejercieron el filantrópico arte de curar, menciona, entre un Campins y un Vargas, entre un Razetti y un Acosta Ortiz, entre un Elías Rodríguez y un Feo. E. Bustamante, nombres conocidos dentro de la Patria y fuera de ella, a otros quizás ignorados aún en la misma tierra que los vio nacer, a un Francisco Molina, de Puerto Cabello (cito al azar), primer venezolano doctorado en Ciencias Médicas que mereció ser nombrado Proto-médico; a un Carlos Arvelo, médico y cirujano en jefe del Ejército Libertador, que luchó, no sólo contra las fiebres epidémicas en los Valles de Aragua, sino en los verdaderos campos de batalla de San Mateo y Vigirima, Ocumare y La Victoria, hasta quedar fuera de combate por las heridas recibidas; a un Licenciado Benítez que en una epidemia de fiebres, como faltara la quina para combatirla, se adentró en la espesura de las "Lagunetas" hasta conseguir la preciosa planta y ponerla al alcance de los que la necesitaran; en tantos y tantos más, héroes ignorados que dejaron escrita, cada uno, una página hermosa en la Historia de la Medicina Nacional, con el noble esfuerzo de su espíritu de filántropos y la generosidad de su corazón de patriotas.

El doctor Rodríguez Rivero ha compuesto también la Historia de las Epidemias en Venezuela, entre ellas la muy terrible del cólera que asoló a nuestra patria en los años de 1854 a 1856; ha conservado los nombres gloriosos de los médicos y estudiantes de medicina que sirvieron a la Causa de la Independencia; ha dejado en los Anales de la Cirugía interesantes detalles sobre ciertas operaciones, como la primera trepanación del cráneo efectuada en Venezuela, en el año de 1736, que nos cuenta con lujo de pormenores.

En resumen, además de profesional honrado, hombre culto, historiador distinguido, el doctor Rodríguez Rivero fue un estudioso, un infatigable trabajador, un enamorado de los documentos que guardan celosamente bajo un aspecto poco atrayente, sus secretos dignos de sacarse a la luz.

Por ello, cuando la Academia necesitaba "poner en claro los orígenes y desarrollo de hechos perdidos en la maraña de los siglos, encargaba de esta comisión al doctor Rodríguez Rivero, segura de que no fallarían su instintivo acierto y su amplia ilustración en la complicada ejecución del cometido". En realidad, este sencillo elogio que inserta el Boletín de la Academia en la página necrológica que le consagra, es su más alta ejecutoria.

Su labor fue fecunda, noble, útil y será duradera. Su forma terrenal desapareció de en medio de sus ilustres colegas; pero no así su espíritu que aletea todavía en el solemne ambiente de esta Corporación donde tanto trabajó por el progreso de las ciencias y las letras. No he venido yo a sustituir a tan digno Académico, sino simplemente a reponer el eslabón perdido de una antigua cadena, un momento interrumpida...

"¡Triunfo del Feminismo!" se ha llamado por allí la incorporación mía a esta docta Academia. El aserto es de los que dan mucho en qué pensar, porque con todos los visos de un espléndido movimiento cultural, el Feminismo actual tiende a convertirse en calamitosa revolución social, en la que su propulsora, la mujer, arriesga mucho para ganar muy poco.

Feminismo en su sentido más alto significa o debe significar "progreso de la mujer" y es la acepción que sin duda se le ha querido dar en esta circunstancia. Toda conquista nueva representa un adelanto. La mujer ha conquistado un sagrado derecho: el derecho de pensar al igual del hombre, y de desarrollar su pensamiento. Esta es una noble conquista que ni el más recalcitrante misógino sería capaz de denegarle.

Pero otras muchas aplicaciones tiene este vocablo. Porque la mujer de hoy no es la timorata de otros tiempos, que no se atrevía a moverse fuera de casa. La mujer moderna, si en algo peca, no es por exceso de timidez, sino por sobra de audacia.

En nuestra patria se advierte de cierto tiempo para acá un inmenso anhelo en la mujer venezolana, de participar en la obra grandiosa de la reconstrucción nacional, sentimiento noble y digno de todo encomio.

Pero para realizar esta legítima aspiración y antes de lanzarse por las sendas desconocidas y peligrosas de un Feminismo desorientador, ¿no sería prudente detenerse un instante a la vera del camino hasta averiguar por cuales vías se puede llegar más directa y seguramente a la meta, es decir, se puede servir más prácticamente a la patria, si tratando de inmiscuirse en los tortuosos vericuetos de la política, para la cual no está debidamente preparada, o intensificando su desarrollo intelectual, moral y religioso, para procurar una más perfecta "formación" hasta llegar a realizar la pregonada "obrero del progreso" que reclaman las sociedades contemporáneas?

De varias declaraciones que he visto en la prensa suscritas por algunas de nuestras más destacadas intelectuales se desprende que la aspiración de la moderna venezolana es tener participación en la vida política del país, aspiración que tampoco es nueva en la mujer, como que desde los orígenes del Feminismo, en los tumultuosos días de la Revolución Francesa, ella ha pretendido hacer valer sus derechos a la igualdad absoluta con el otro sexo. Pero mientras el hombre lograba sus aspiraciones a costa, sí, de torrentes de sangre, la mujer vio brutalmente rechazadas las suyas y la literata Olimpia de Gouges, que se atrevió a presentar a la Asamblea Constituyente las reivindicaciones de su sexo, pagó más tarde con la vida su atrevimiento, aun cuando este hecho cruel justificara la protesta femenina concebida en el dicho de que "tenía derecho a subir las gradas de la tribuna, quien lo tenía para subir las del cadalso".

Diffícilmente creo que pueda discutirse a la mujer ese derecho: en mi humilde concepto, la mujer tiene o debe tener exactamente los mismos derechos que el hombre para elegir y ser elegida; posee

capacidad idéntica para legislar y gobernar; y puede con igual éxito desempeñar altos cargos de gobierno, como lo prueban multitud de ejemplos de la Historia Universal. Como persona humana, como ser inteligente, no veo razón justificada para negarle las prerrogativas de que goza exclusivamente el varón.

De consiguiente, equitativo sería que a la mujer se le otorgaran sus derechos políticos, junto con los económicos y los civiles, de trascendencia mucho mayor en su vida social. En algunos países del globo son éstas ya conquistas realizadas. De modo que no estriba la dificultad del asunto en la probada justicia de la causa, sino en la conveniencia o inoportunidad de la medida, porque siempre he creído y sigo creyendo que las cosas más admirables en algunas regiones del mundo, cesan de serlo y aun se tornan perjudiciales en otras.

Suponiendo, pues, que la mujer venezolana llegara a adquirir los tan suspirados derechos políticos, ¿será ella por eso más feliz o más culta? ¿cumplirá mejor su misión de mujer? ¿demostrará de esa manera más amor a la patria? y esa patria, ¿tendrá así probabilidades de mejor organización o gobierno? ¿será, en una palabra, la entrada *triumfal* de la mujer venezolana en el Congreso un "adelanto" como se ha dicho...? Esa es la cuestión por resolver, para decidir si nuestra mujer va bien o mal encaminada en sus actuales aspiraciones...

Hay, en realidad, dos Feminismos: el Feminismo que predica la *emancipación total* de la mujer, y la *igualdad absoluta* de los sexos: es el Feminismo *agresivo*, la "movilización de las mujeres contra los hombres" según la ingeniosa definición de alguien, que hace de la mujer la rival, o más bien la enemiga del hombre, y obliga a éste a repeler la agresión con la agresión, provocando así una nueva lucha dentro de las numerosas ya existentes en nuestras sociedades, o sea la lucha de los sexos, la más temible, como que amenaza con la disolución de la familia. Porque este Feminismo desarrolla un individualismo feroz. En efecto, la emancipación total significa *conciencia libre*, es decir, refractaria a todo dogma y a todo Decálogo; *moral independiente*, o sea fácilmente adaptable al medio, al momento, circunstancias y hasta a los caprichos de la moda; *autonomía individual*, que consiste en el culto fanático del "yo", convertido en ídolo, con desconocimiento absoluto de los deberes sociales. Para esta clase de Feminismo, la vida de la mujer en el hogar es "una reclusión, una esclavitud, una verdadera degradación..." de donde el desordenado afán por buscar en la actividad exterior, fuera del hogar, la ansiada independencia...

Pero existe también el concepto opuesto, que lejos de considerar el trabajo femenino como una emancipación, lo sufre como una carga insoportable, y hasta como una pesada cadena. Ese otro Feminismo, que así piensa, más conciliador, y más razonable, no busca la exaltación individual, sino la rehabilitación del sexo, por medio de la dignidad de la persona humana, procurando hacer de la que ha sido, según las diferentes épocas, esclava, o muñeca de salón, o instrumento de placer, un ser consciente, una competidora, en verdad del hombre, pero sólo en el sentido de rivalizar con él, en los más nobles ideales. Este Feminismo abre a la mujer amplios horizontes, haciendo que se olvide de sí misma y que se preocupe por el bien común, tratando de interesarla en todos los problemas económicos, intelectuales, artísticos, morales, políticos, nacionales e internacionales, compatibles con su naturaleza y su misión de mujer. Porque como "obrero del progreso", la mujer no puede desentenderse, al buscar el desarrollo de su personalidad, de la efectiva cultura del medio en que se mueve. Y es un error incalificable el querer oponer el individualismo femenino al masculino, puesto que el hombre y la mujer, cada uno en su respectiva esfera, están llamados a colaborar en favor del bien general de la colectividad.

El Feminismo, en realidad, asume diversas formas según el país en que se aclimate. Así, en las naciones anglosajonas reviste fácilmente el carácter agresivo de que antes hablábamos: no se ha perdido la memoria del Feminismo rabioso de las "sufragistas", capitaneadas por la célebre Lady Pankhurst, que tanto dieron que hacer a la policía de Londres y al lápiz de los caricaturistas.

En cambio, es moderado el Feminismo en los países latinos. La mujer francesa, por ejemplo, que logra poner en todas sus actitudes la discreción y el tacto del buen tono, ha sabido detenerse en esta

pugna feminista, en los límites de la razón y el buen sentido.

Nosotras no tenemos por qué imitar las ajenas exaltaciones. Por nuestro origen, por nuestras creencias, por las tradiciones y costumbres que heredamos de nuestras abuelas españolas, y por las apremiantes necesidades de la hora actual en que la Patria reclama únicamente que cada cual cumpla rigurosamente con su estricto deber, nosotras tenemos que ser antes que todo, mujeres de hogar, porque frente a nuestros *derechos de ciudadanas* se yerguen *nuestros deberes de madres, de esposas, de mujeres*.

Sí; por más que la justicia los sancionara, y que la ley nos concediera esos derechos políticos, hay en nuestros hogares deberes que se oponen al libre ejercicio de esos derechos, deberes que están en pugna con los mismos. Porque una buena madre no puede abandonar su puesto al lado de la cuna de su pequeñuelo por ir a depositar su voto en la urna electoral; ni una esposa abnegada puede ni debe dejar la compañía del esposo por ir a ocupar un puesto en una asamblea política o a vociferar en una tribuna. Y ese niño requiere ser educado convenientemente; y ese esposo ha menester el apoyo, el consejo, el consuelo de la esposa, y todas esas cosas no son la obra de un momento ni de un día, sino de toda una vida...

Hablo de las madres. Las solteras tienen otros deberes, no menos sagrados para con la Patria, que no estriban precisamente, en la obtención del voto. No sólo en la familia, sino en la escuela, en el taller, en la fábrica, en la oficina, en dondequiera que le sea dado actuar, tendrá la mujer la posibilidad de hacerse mucho más útil que en las Cámaras Legislativas. La mujer venezolana tiene aún mucho que hacer antes de mezclarse en los negocios públicos: mientras haya huérfanos que adoptar, mujeres caídas que rehabilitar, enfermos del cuerpo que cuidar, enfermos del alma que sanar, analfabetos que instruir, delincuentes que volver al buen camino, habrá tarea suficiente en qué ocupar todas las actividades femeninas. Dejemos, por ahora, la política y sus enredos, al hombre. Recordemos la opinión del Libertador en este asunto, expuesta más de una vez, en sus cartas a su hermana María Antonia, aconsejándole que "no se mezclara en ningún partido, ni bueno ni malo, porque era impropio de señoras mezclarse en los negocios públicos..." repitiendo que "una mujer debe ser neutral en los negocios públicos porque su FAMILIA Y SUS DEBEBES DOMÉSTICOS SON SUS PRINCIPALES OBLIGACIONES":

¡Sí! Desgraciada la mujer que pierde la noción del papel que Dios y la naturaleza le han especialmente asignado. Porque entonces se dejará alucinar por las vanas promesas de una libertad y una felicidad que no pueden existir fuera de la plena posesión de sí misma en el desempeño de su natural vocación. Y una vez enredada en el diabólico engranaje de mentirosas ideologías, pierde hasta la sombra de esa libertad por la cual se sacrifica y se degrada.

En la Rusia soviética se ha podido comprobar la verdad de este fenómeno, que mientras más cree la mujer emanciparse, entonces es cuando en realidad más se esclaviza. Porque allí, donde se le han concedido, por lo menos nominalmente, todos los derechos, se le ha exigido, en nombre de la igualdad de los sexos, el mismo trabajo que al hombre, sometiéndola a las más rudas faenas, y hasta se la ha obligado a servir en los cuarteles como soldado. Y no por eso ha dejado de seguir siendo frente al hombre el "sexo débil", es decir, el que fue dotado por la naturaleza de un cuerpo más delicado y por Dios de un alma más sensible, para predisponerla a las funciones y a los deberes de la maternidad física o espiritual.

Lo repito: el Feminismo aceptable y bien entendido es, en realidad, el que implica un progreso en todo sentido... intelectual y moral, del cerebro y del corazón, de la inteligencia y del buen juicio. La mujer moderna es más culta que sus antepasadas, ¿quién lo duda? Pero ¿las habrá superado en elevación de ideas, en nobleza de sentimientos, en belleza interior...? Desgraciadamente no guardan proporción los progresos del intelecto con el nivel moral...

Ella misma, en la actualidad es su propio símbolo. Miradla. Usando y abusando de todos los artificios de las más refinada coquetería mujeril, alardea de actitudes, modales, ideas, vocabulario y

vicios masculinos... con el cigarro en los finos dedos de pintarrajeadas uñas y llevando a la boca de labios rabiosamente purpúreos la copa de whisky... Contrasentido viviente...

En cuanto a la decantada emancipación, ¿de qué se ha libertado? ¿de sus sagradas creencias tal vez? ¿de sus antiguas severas costumbres? ¿de su delicada feminidad de otros tiempos...? y ello ¿para seguir siendo tan esclava de sí misma como antes y además de cuantos absurdos criterios le brinden bajo la rúbrica del modernismo...? Respecto a la igualdad, la única asequible, como dijo una notable pedagoga, es la IGUALDAD EN LA DIFERENCIA, y la única apetecible es la igualdad frente al deber y a las responsabilidades de la vida. Compartir con el hombre las obligaciones, las cargas, las alegrías, las penas, los esfuerzos, los estudios, las luchas (en la parte que corresponde a cada uno especialmente), y ayudarle a llevar el peso enorme de la responsabilidad ante Dios, ante la Patria, ante la sociedad. Ser, no la esclava, ni tampoco la rival... sino la colaboradora, la compañera, el otro "yo", como Dios lo quiso cuando dijo que "no era bueno que el hombre estuviera solo...".

Efectivamente, creados el uno para la otra, y uno y otra para Dios, su misión recíproca consiste en completarse: no pueden ni deben colidir en sus aspiraciones, y muchísimo menos en sus ambiciones. Ya uno de nuestros mejores escritores, malgrado en plena juventud, Luis López Méndez, lo puntualizó en aquel hermoso concepto que es una brillante síntesis del asunto: —"Los dos sexos han nacido para complementarse y fundirse en una eterna armonía; y si la civilización del siglo exige a la mujer una cultura esmerada y unos conocimientos que antes no poseyó, sino excepcionalmente, es para que pueda vivir en comunión espiritual con el hombre cuyo cerebro se ha ensanchado y para ponerla en aptitud de seguir su vuelo por los mundos de la idea, de comprender sus nuevos dolores y alegrías, y reconfortarse con él en la contemplación de los nuevos horizontes que se abren a su esperanza..."

Después de haber hablado de la mujer moderna, quisiera hacerlos contemplar, vista por nuestros grandes escritores, a la mujer de antaño, que desgraciadamente ha desmerecido a los ojos de sus descendientes, quienes con poco respeto y hasta con no disimulado desdén miran a aquellas venerables matronas, hoy al parecer tan *pasadas de moda* como sus miriñaques.

Hay que convenir en que no pudieron ser unas "retardadas" en las vías del progreso las mujeres que prepararon aquellas nobles generaciones de hombres que nos forjaron la patria: guerreros, jurisconsultos, letrados, sacerdotes, sabios de todas clases, un Soublette y un Cecilio Acosta, un Fermín Toro, un José María Vargas, un José Cecilio Ávila, por no citar sino los primeros que se me vienen a la memoria...

Las bellezas morales de esas mujeres de otros tiempos están magistralmente descritas por los escritores de la época, especialmente por Cecilio Acosta, sobre todo cuando traza amorosamente el perfil de la que "puso a Dios en su conciencia y le dio en miel porque le dio en sus labios, la doctrina de Jesús..." su madre, cuyo retrato hace en la carta inmortal a su amigo Riera Aguinagalde.

Otros escribieron sobre el mismo tema, pero entre todos, allí tenemos muy cerca de nosotras, en dos deliciosas obras, exquisitamente femeninas —las dos novelas de nuestra eximia escritora, Teresa de la Parra, arrebatada prematuramente a las Letras nacionales— IFIGENIA y MAMÁ BLANCA —los dos tipos, la mujer de hogaño y la mujer de antaño. Permitid que aquí repita lo que escribí al hacer el juicio de estas dos obras maestras: —"María Eugenia (la mujer moderna), se ama demasiado a sí misma. En cambio, Mamá Blanca se olvida siempre de sí misma, para pensar en los demás. Todo lo que María E. tiene de avanzada y de moderna, lo tiene Mamá Blanca de anticuada, de campechana, con un santo horror al snobismo, y un santo amor a los pequeños y a los humildes. María Eugenia es de una vanidad desmesurada; Mamá Blanca se contenta con ser presumida; María Eugenia es demasiado erudita, sabe más de lo que debe, en literatura como en lo demás; Mamá Blanca tiene fama de poco inteligente, y aún de ignorante, sin embargo de que posee la muy rara inteligencia de las cosas de la vida, y la cultura del alma que vale más que la del intelecto; María Eugenia se hace insoportable a fuerza de petulancia; Mamá Blanca no cansa nunca con su bondadosa sinceridad, su graciosa ironía, su ingenio natural,

siempre despierto; María Eugenia tiene la complicada psiquis de la mujer moderna, demasiado 'civilizada'; Mamá Blanca es tan cándida, tan sencilla, bajo sus canas, como en los días de sus moñitos... Es un alma tan blanca como su nombre... Por eso Mamá Blanca se hace querer más, aunque María Eugenia sea la más hermosa".

Sin embargo, entre estas dos mujeres, muchas y muchos contemporáneos preferirán, sin duda, a la moderna. No quisiera contradecirlos: me limitaré a aludir a un recuerdo personal. Hace algunos años, cuando nadie o muy pocos se interesaban en Venezuela, por la educación de la mujer, tuve yo la satisfacción, y es uno de mis orgullos, de hacer una conferencia, tal vez la primera conferencia femenina en Venezuela, sobre este importante tema. En esa ocasión me permití abogar por una más amplia ilustración de la mujer venezolana, postergada bajo el peso de una ignorancia poco decorosa y sometida a una tutela demasiado rígida y deprimente. Pedía para ella, como Goethe en su lecho de muerte, luz, mucha luz, toda la luz que pudiera proporcionarle una extensa y sólida instrucción. Pero aconsejaba que no se limitara esa educación a llenarle la cabeza del contenido de los libros, sino a poner en ella ideas propias, pensamientos elevados, a formarle un carácter y una voluntad, elementos indispensables de una personalidad consciente. Insisto hoy en lo que entonces recomendaba: darle a la mujer toda la ilustración necesaria, y la libertad de escoger el trabajo que más le agradare, aun cuando fuera de los que se ha reservado el hombre, pues no sería equitativo vedárselos únicamente en atención a su sexo, ya que muchas veces tiene que hacer en el hogar el papel del padre difunto, del marido inválido, o del hermano inepto o egoísta. Todo ello con la condición de que aun cuando pueda poseer toda la sabiduría de Salomón y toda la erudición de El Tostado, sepa conservar sus características de mujer: el espíritu religioso y la modalidad femenina, sin incurrir jamás en el desatino de deformar la obra del Creador, masculinizándose...

El campo de acción que se abre a la mujer en nuestro mundo moderno es de amplísimas perspectivas, en cuya inmensidad caben todas las aspiraciones y todas las aficiones. Única es la ocasión que se ofrece a la mujer, particularmente a la venezolana, de hacer una obra humanitaria y patriótica. Social y no política ha de ser esa tarea. Si en la parte material está todo por hacer en nuestra tierra, en el orden espiritual hay que rehacerlo todo. Alarmante es efectivamente la falta de principios que se observa en el ambiente nacional, producida y sostenida por multitud de factores desmoralizadores, secundados por la más absoluta ignorancia religiosa, de modo que en nuestro rápido y progresivo descenso iremos sin duda a parar... a las cavernas prehistóricas de las que tanto hablan los que en ellas nos quisieran ver.

En estas circunstancias, ¿podrá haber misión más alta y más sagrada para la mujer venezolana que reaccionar contra esa lamentable decadencia moral?

La hora es grave para nuestras sociedades modernas, porque en el desquiciamiento que sufre el equilibrio universal, se han sacudido profundamente las bases de esas agrupaciones nucleares que son las células sociales de los pueblos. ¡La familia se disgrega! es el grito de angustia que repercute de uno a otro confín de nuestro planeta. En medio de la espantosa confusión general que reina en todas partes, el triunfo es de las pasiones desordenadas: egoísmo, ambición, soberbia, odio, impiedad, y en ese caos zozobra la única esperanza de regeneración: la familia.

Entre nosotros, donde aún perduran recuerdos y hábitos de otros tiempos, el hogar no ha desaparecido por completo, pero está seriamente comprometido, entre los ataques del divorcio que cunde en las clases acomodadas y el concubinato, que es estado crónico en las clases menesterosas. He ahí, pues, la magna tarea que yo propondría a la mujer venezolana: más que la conquista del voto, que no produciría sino un aumento de desorden en nuestro actual mundo político, debe tentarla esta iniciativa verdaderamente patriótica: reorganizar nuestro pueblo por medio de la reconstitución del hogar, como antaño estaba fundado, sobre las bases del amor y de la religión: donde el esposo y la esposa se unían para toda una vida de abnegación y cariño; donde el padre y la madre mandaban, y los hijos obedecían; y padre e hijos se amaban y congeniaban a pesar de la diferencia de edades; donde los servidores veneraban a sus amos y los amos consideraban a los servidores como miembros de la familia;

donde, en una palabra, todos procuraban el bien y la felicidad de todos, tiernamente unidos en sus creencias, en sus hábitos sencillos y honestos, en sus recíprocos deberes y responsabilidades.

Velar por la conservación de ese delicado germen de la sociedad, con la solicitud de las Vestales que guardaban el fuego sagrado... contener la onda corruptora que invade el recinto de nuestros hogares, amenazando la pureza de nuestras hijas, proteger la integridad del honor de la familia, redimir a la mujer caída, levantándola de su postración, favorecer al hijo de "nadie", víctima de las pasiones de sus padres, hacer que el libertino asuma la responsabilidad y las cargas de su paternidad ilegítima; poner, en una palabra, a Dios en la conciencia de nuestro pueblo para salvarlo... creedme, si tal hace, la mujer venezolana, habrá merecido bien de la Patria.